

  
NEBULAE

*Edmond Hamilton*

# LOS REYES DE LAS ESTRELLAS



Esta es una *Space Opera* de primera magnitud. El ámbito de esta grandiosa novela no es la Tierra, sino toda la Galaxia, y su acción no transcurre en el presente, sino... ¡dentro de dos mil siglos! Pero incluso en este marco tan gigantesco y a distancias tan inconmensurables en el tiempo, existen hombres que luchan, aman y mueren, y se halla entablada la eterna guerra entre el Bien y el Mal.

# Capítulo I

## JOHN GORDON

La primera vez que John Gordon oyó aquella voz en su mente creyó que se estaba volviendo loco. Le ocurrió una noche en el momento en que se quedaba dormido. A través de sus soñolientas ideas, la voz habló clara y escuetamente:

—¿Me oyes, John Gordon? ¿Oyes mi llamada?

Gordon se sentó en la cama, súbitamente despierto y un poco asustado. Había algo extraño e inquietante en todo aquello. Después se encogió de hombros. El cerebro gasta a veces extrañas bromas cuando un hombre está agotado y medio dormido. No debía tener importancia.

Lo olvidó hasta la noche siguiente. Entonces, y en el momento en que empezaba a sumergirse en el reino de los sueños, oyó de nuevo la voz.

—¿Me oyes? Si me oyes, trata de responder a mi llamada.

De nuevo Gordon se incorporó; esta vez un poco preocupado. ¿Ocurría algo anormal en su cerebro? Siempre había oído decir que era mal síntoma empezar oír voces. Había regresado de la guerra sin un rasguño, pero acaso todos aquellos años de volar sobre el Pacífico habían perturbado su cerebro. Quizá sería uno de aquellos casos de psiconeurosis retardada.

¡Qué diablos, me excito por nada! Todo esto no son más que nervios y cansancio, se dijo vagamente. ¿Cansado? Sí, realmente lo estaba. Lo había estado desde que llegó a Nueva York al terminar la guerra. Es posible coger un contable de una compañía de Seguros de Nueva York y hacer de él un piloto de guerra que maneja un bombardero de treinta toneladas con la misma facilidad que sus cifras. Es posible hacerlo, porque lo habían hecho con John Gordon. Pero al cabo de tres años, no es tan fácil desmovilizarlo diciéndole «Gracias» y dándole una condecoración, mandarlo de nuevo a su oficina. También esto lo sabía Gordon, por amarga experiencia.

Era curioso. Durante el tiempo que estuvo sudando sangre y jugándose el pellejo sobre el Pacífico, no dejó nunca de pensar cuan agradable sería volver a su oficina y a su modesto alojamiento. Había regresado y todo estaba igual que antes. Pero él no era el mismo. El John Gordon que había regresado era el hombre aguerrido de las batallas, el peligro y la muerte súbita, pero incapaz de estar sentado en su escritorio y sumar cifras.

Gordon no sabía lo que quería, pero no era un empleo en una oficina de Nueva York. Trató de quitarse esta idea de la cabeza. Había luchado por volver a seguir su vieja rutina y esta lucha no había hecho sino aumentar su inquietud. ¡Y ahora aquella extraña voz dentro de su cráneo! ¿No significaría aquello que su estado nervioso se iba apoderando de él y perdía la cabeza?

Pensó en ir a consultar un psiquiatra, pero rechazó la idea. Le parecía mejor luchar solo. Y así la noche siguiente Gordon se dispuso a esperar la voz decidido a convencerse de que era una ilusión. Ni aquella noche ni la siguiente oyó la voz y se dijo que el asunto había terminado, pero la tercera noche la oyó más fuerte y distante que nunca.

—John Gordon, ¡escúchame! No te hagas ilusiones. Soy otro hombre que hablo contigo gracias a los medios de una ciencia que poseo.

Gordon yacía en un estado de semisomnolencia y la voz le pareció de una autenticidad sorprendente.

—¡Contéstame, te lo ruego, John Gordon! No con palabras, sino con el pensamiento. El camino está abierto; puedes contestarme si quieres.

Medio dormido, John Gordon lanzó una respuesta mental a las tinieblas.

—¿Quién eres?

La respuesta llegó rápida, clara, con un latido de afán y triunfo.

—Soy Zarth Arn, príncipe del Imperio de la Galaxia Media. Te hablo desde doscientos mil años de tu futuro.

Gordon estaba como entumecido. ¡No podía ser verdad! Y, sin embargo, la voz resonaba de una forma clara e inconfundible en su mente.

«¿Doscientos mil años? Es imposible, es una locura hablar a través de un tiempo como éste. Estoy soñando», se dijo.

—Te aseguro que no es un sueño y que soy tan real como tú, aunque nos separen dos mil siglos —dijo rápidamente la respuesta de Zarth Arn—. El tiempo no puede ser franqueado por nada material —prosiguió la voz—, pero el pensamiento no es material. El pensamiento puede franquear el tiempo. Tu propia mente viaja hacia atrás cada vez que recuerdas algo.

—Aunque fuese verdad, ¿por qué tendrías que llamarme? —preguntó Gordon dudando.

—Muchas cosas han cambiado en doscientos mil años —dijo Zarth Arn—. Hace mucho tiempo, durante la primera era, la raza humana a la cual tú perteneces, se extendió por las otras estrellas de la Galaxia. Hoy existen grandes reinos estelares y de ellos el mayor es el mío, el Imperio de la Galaxia Media. Soy un alto personaje en este Imperio, soy un científico y un investigador de la verdad por encima de todo. Durante años enteros, un colega y yo estuvimos analizando el pasado mandando mi mente hacia atrás a través

de los siglos, estableciendo contacto con los cerebros de hombres cuyos espíritus son afines al mío.

La voz prosiguió:

*«He cambiado temporalmente mi cuerpo con muchos de estos hombres del pasado. La mente es una telaraña de energía eléctrica habitada por el cerebro. Puede ser arrancada por fuerzas adecuadas a este cerebro e instalar otra telaraña, otra mente, en su lugar. Yo puedo realizarlo mandando toda la fuerza de mi mente, en lugar de mandar un mero mensaje mental al pasado. Así mi mente ha ocupado el cuerpo de un hombre de los siglos pasados mientras sus mentes eran mandadas simultáneamente a través del tiempo a ocupar mi cuerpo. De esta forma he vivido y explorado la historia de muy diferentes eras de la historia humana. Pero no he ido jamás tan lejos en el pasado como tu remota era. Quiero explorar tu tiempo, John Gordon. ¿Quieres ayudarme? ¿Consientes en un cambio temporal de cuerpos con el mío?»*

La primera reacción de Gordon fue rehusar, presa de pánico.

—¡No, sería horrible, alocado!

—No habría peligro —insistió Zarth Arn—. Pasarías meramente algunas semanas en mi cuerpo y en mi tiempo y yo en el tuyo. Y entonces Vel Quen, mi colega en este mundo, efectuaría de nuevo el cambio. ¡Piensa, John Gordon! De la misma manera que esto me permitiría explorar tu era, de tantos años muerta, te daría a ti la oportunidad de ver las maravillas de mi tiempo. Conozco tu espíritu inquieto, ansioso de lo nuevo y lo desconocido. A ningún hombre de tu tiempo le ha sido dada la oportunidad de sumergirse en el gran abismo del tiempo del futuro. ¿La rechazarás?

Súbitamente Gordon se sintió cautivado por el atractivo de la idea. Era como una llamada de corneta invitándonos a una aventura hasta entonces jamás soñada. ¿Un mundo y un universo de dos mil siglos en el futuro, con la gloria de una civilización conquistadora de estrellas... contemplar todo aquello con sus propios ojos?

¿Valía la pena arriesgar la vida y la razón por ello? Si todo aquello era verdad, ¿no le estaban ofreciendo una suprema oportunidad de aventura por la cual estaba con tanta inquietud suspirando? Y, sin embargo vacilaba todavía.

—No sabría nada de tu mundo cuando me despertase en él —le dijo a Zarth Arn—. Ni siquiera tu lenguaje.

—Vel Quen estaría allí para enseñártelo todo. Desde luego, tu era me sería igualmente desconocida a mí.

Por esta razón, si estás de acuerdo, quisiera que preparases algunos «carretes de ideas» por los cuales pueda aprender vuestro lenguaje y costumbres.

—¿«Carretes de ideas»? ¿qué es esto? —preguntó Gordon intrigado.

—¿No están inventados todavía en tu tiempo? —dijo Zarth Arn—. En este caso, déjame algunos libros de dibujos de los que dais a los niños y discos para aprender vuestro lenguaje y saber cómo se habla. No tienes que decidirte en seguida, John Gordon —continuó—. Mañana te llamaré de nuevo y me dirás tu decisión.

—¡Mañana pensaré que todo eso no ha sido más que sueño y desvarío! —exclamó Gordon.

—Debes convencerte de que no es sueño —dijo Zarth Arn con calor—. Me pongo en contacto con tu mente cuando está medio dormida, porque cuando estás descansado es más receptiva. Pero no es un sueño.

Cuando Gordon se despertó por la mañana todo aquel increíble fenómeno invadió su mente como un alud.

«Ha sido un sueño —se dijo, perplejo—. Zarth Arn dijo que no lo era, pero que lo parecía. Desde luego un hombre dado a los sueños lo hubiera creído».

Cuando se fue a su trabajo, Gordon no había conseguido todavía decidir si todo aquello era un sueño o no. Jamás aquella compañía de seguros le había parecido tan sucia y maloliente como aquel día. Jamás sus rutinarias ocupaciones le parecieron más monótonas y vulgares. Y durante todo el día Gordon estuvo soñando en visiones de esplendor y en la mágica maravilla de aquellos vastos reinos estelares situados a cien mil años en el futuro, en aquellos mundos nuevos, extraños, seductores.

Al final del día su decisión estaba tomada. Si toda aquella increíble oferta era verdad, haría lo que Zarth Arn le proponía. Cuando, mientras se dirigía a su casa, se detuvo para comprar libros infantiles, textos del lenguaje y discos de gramófono para la enseñanza del inglés, se sentía un poco desconcertado. Pero aquella noche se fue pronto a la cama. Poseído del más alto grado de febril excitación se metió en la cama y esperó a que Zarth Arn lo llamase.

Pero no compareció, porque a Gordon le fue imposible conseguir siquiera un ligero sopor. Durante horas enteras dio vueltas y más vueltas en la cama. Era casi el alba cuando cayó en una especie de ligera somnolencia. Estaba demasiado excitado para dormir. Entonces, en el acto, la voz mental de Zarth Arn resonó en su mente.

—¡Finalmente puedo ponerme en contacto contigo! Dime, John Gordon, ¿cuál es tu decisión?

—Acepto, Zarth Arn —respondió Gordon—. Pero tenemos que hacerlo en seguida, porque si paso más días pensando en todo esto creo que me volveré loco.

—Puede hacerse en seguida —contestó Zarth Arn con calor—. Vel Quen y yo tenemos los aparatos dispuestos. Habitarás mi cuerpo durante seis semanas. A la expiración de este plazo todo estará dispuesto para el recambio. Pero tienes que hacerme primero una promesa —continuó Zarth Arn rápidamente—. Nadie de esta era, a excepción de Vel Quen sabrá el intercambio de mentes. No debes decir a



nadie de aquí, de mi tiempo, que eres extranjero en mi cuerpo. Hacerlo podría ser catastrófico para ambos.

—Lo prometo. Tendrás cuidado con *mi* cuerpo, ¿verdad? —añadió apresuradamente.

—Tienes mi palabra —respondió Zarth Arn—. Y ahora descansa, a fin de que tu mente no ofrezca resistencia a la fuerza que la arrastrará a través de la dimensión-tiempo.

Era más fácil de decir que de hacer. El descanso no es precisamente a lo que se siente inclinado el hombre cuya mente está a punto de ser arrebatada a su cuerpo. Pero Gordon trataba de obedecer, se hundía más y más profundamente en una especie de estado hipnótico. No era una sensación física, era más bien una fuerza magnética que se iba apoderando de él.

Un terror como jamás había experimentado penetró en la mente de John Gordon, mientras se desvanecía por los abismos de una plúmbea obscuridad.

## Capítulo II

### EL UNIVERSO FUTURO

Gordon recobró lentamente los sentidos y se encontró tendido sobre una alta mesa en una habitación en la que entraba la brillante luz del sol. Durante algunos momentos permaneció como aturdido, sintiendo un profundo cansancio y una carencia de energías. Un instante después vio sobre su cabeza un curioso aparato como un casco de plata del que salían muchos alambres.

Un rostro se inclinó entonces sobre el suyo. Era el rostro arrugado de un anciano de cabello blanco. Pero un entusiasmo casi juvenil brillaba en sus ojos azules, y con una voz vibrante de excitación dirigió la palabra a Gordon; pero hablaba un lenguaje para él totalmente desconocido.

—No le entiendo —dijo Gordon, desconcertado.

El hombre se señaló a sí mismo y repitió:

—Vel Quen.

¿Vel Quen? Gordon recordó entonces que Zarth Arn le había dicho que era el nombre de su colega en el futuro, ¿el futuro? ¿Entonces los dos científicos habían efectuado este increíble cambio de mentalidades y cuerpos a través del abismo del tiempo?

Poseído de una súbita curiosidad, Gordon trató de sentarse, pero no pudo. Estaba todavía demasiado débil y volvió a desplomarse hacia atrás.

Pero al intentar sentarse había podido dirigir una mirada a su cuerpo y lo que vio lo dejó estupefacto. No era su cuerpo. No era la figura robusta y musculada de John Gordon. Era un cuerpo más alto, más delgado, vestido con una especie de túnica de seda blanca sin mangas, pantalones y sandalias.

—¡El cuerpo de Zarth Arn! —murmuró Gordon—. ¡Y ahora mismo, pero en *mi tiempo*, Zarth Arn se despierta en *el mío*!

El viejo Vel Quen al parecer reconoció los nombres, porque asintió, y señalándolo a él dijo:

—Zarth Arn-John Gordon.

¡El cambio se había realizado! ¡Había avanzado repentinamente dos mil siglos y ahora habitaba el cuerpo de otro hombre!

No notaba sin embargo, ninguna diferencia. Trató de mover las manos y los pies. Todos los músculos respondieron perfectamente. Sólo su cabello tenía una tendencia a erizarse al sentirse en un cuerpo extraño. Sentía una especie de nostalgia de su cuerpo.

Vel Quen parecía darse cuenta de sus sensaciones; le golpeó la espalda con un gesto tranquilizador y le ofreció una copa de ancha boca llena de un líquido rojo y espumoso. Gordon lo bebió y en el acto las fuerzas acudieron a él. El viejo científico lo ayudó a bajar de la mesa y ponerse de pie, y Gordon dirigió una mirada circular a su alrededor, maravillado. La brillante luz del sol entraba por los altos ventanales e inundaba los ocho lados de aquella habitación octogonal. La luz centelleaba reflejándose sobre las máquinas e instrumentos y objetos de raro metal que ocupaban una estantería. Gordon no era científico y toda aquella ciencia del futuro lo dejaba atónito.

Vel Quen lo llevó hacia un rincón donde había un alto espejo. En el momento en que vio su imagen en el espejo, Gordon quedó transfigurado.

—¡Conque éste es el aspecto que ofrezco... *ahora!* — susurró un poco aturdido al ver su imagen.

Su figura era ahora la de un hombre joven de cerca de dos metros, con abundante cabello negro. El rostro era aguileño, moreno y más bien bello y tenía unos ojos oscuros y graves. Era completamente distinto del John Gordon de rostro cuadrado y curtido. Vio que usaba una camisa bastante ceñida y pantalones. Vel Quen le echó sobre los hombros una especie de larga camisa blanca igual a la que él llevaba. Con un gesto indicó a Gordon que podía descansar. Pero por débil que se encontrase, era incapaz de hacerlo sin dirigir primero una mirada a aquel mundo desconocido del remoto futuro.

Se acercó a una de las ventanas. Esperaba ver la sorprendente estructura de una ciudad ultramoderna, la maravillosa metrópoli de una civilización conquistadora de las estrellas. Pero quedó decepcionado.

Ante sus ojos se extendía un paisaje de una grandiosidad natural impresionante, pero desolado. La habitación octogonal estaba situada en el último piso de una maciza construcción de cemento en forma de torre, elevada en el borde mismo de una meseta que dominaba un profundo precipicio. Altas montañas de picos vertiginosos cubiertos de nieve deslumbrante cerraban el horizonte, y de ellas y de la torre arrancaban espantosos desfiladeros de miles de metros de profundidad. No había ningún otro edificio a la vista. Recordaba mucho el Himalaya de sus tiempos.

La debilidad hizo vacilar a John Gordon. Vel Quen se apresuró a sacarlo de la torre y lo llevó a un pequeño dormitorio del piso inferior. Se tumbó sobre un blando lecho y se quedó instantáneamente dormido. Cuando se despertó era otro día. Vel Quen entró, le dio los buenos días y le tomó el pulso y la respiración. El anciano científico le dirigió una sonrisa tranquilizadora y le trajo comida.

Aquel primer refrigerio se componía de una bebida espesa, dulce y de color chocolate, y de algunas galletas se-

cas. Todo debía estar cargado de altos valores nutritivos porque el hambre se desvaneció instantáneamente después de aquel ligero desayuno.

Entonces Vel Quen empezó a hablarle en su lengua. El anciano llevaba un pequeño aparato en forma de caja que proyectaba realistas imágenes estereoscópicas a medida que él iba nombrando cada una de las imágenes exhibidas.

Gordon pasó una semana en estas ocupaciones sin salir de la torre. Aprendió el lenguaje con una rapidez sorprendente, en parte por la enseñanza científica de Vel Quen y en parte por su semejanza con el inglés. Dos mil siglos habían ampliado y cambiado considerablemente el vocabulario, pero no era una lengua completamente desconocida.

Al final de la semana Gordon había recuperado totalmente sus fuerzas y estaba en condiciones de hablar la lengua correctamente.

—¿Estamos en el planeta Tierra? —Fue la primera pregunta que hizo a Vel Quen con ansiedad.

—Sí —asintió el científico—. Esta torre está situada sobre las más altas montañas de Tierra.

—Pero, ¿es que no quedan ya otras ciudades y pueblos? —gritó.

—Sí, las hay. Zarth Arn eligió este lugar solitario del planeta a fin de que no fuesen turbados sus experimentos secretos. Desde este lugar ha estado explorando el pasado, penetrando en los cuerpos de los hombres de diversas épocas de la historia humana. El tuyo es el más antiguo de todos los que ha tratado de explorar.

Era una sensación un poco extraña pensar que otros hombres se habían encontrado en su misma situación.

—¿Y todos los demás pudieron regresar a sus cuerpos y posiciones originales?

—Desde luego, yo estaba aquí para operar la retransmisión, como lo haré contigo más adelante.

La cosa era tranquilizadora. Gordon sentía una profunda excitación al encontrarse en aquella extraña aventura sin

precedentes de vivir una edad futura, pero le inquietaba la idea de tener que permanecer indefinidamente en un cuerpo extraño. Vel le explicó detalladamente el estupefaciente método científico empleado para el intercambio de mentalidades a través de los tiempos. Le enseñó la maniobra de un amplificador de rayos telepáticos capaz de transmitir mensajes mentales a cualquier mente seleccionada del pasado. Y le expuso el funcionamiento de la máquina de transportar el espíritu a través del tiempo.

—La mente es una red eléctrica de neuronas que reside en el cerebro. Las fuerzas del aparato ponen en funcionamiento esta red trasladando su actividad a otra red de fotones inmateriales. Este espíritu-fotón puede ser proyectado en cualquier dimensión. Y siendo el tiempo la cuarta dimensión de la materia, la mente-fotón puede ser proyectada hacia el tiempo pasado. Las fuerzas operan por un doble canal, destacando y proyectando simultáneamente las dos mentes a fin de producir el cambio.

—¿Fue Zarth Arn quien inventó este asombroso medio de intercambio de mentalidades? —preguntó Gordon, maravillado.

—Lo inventamos juntos —respondió Vel Quen—. Yo he perfeccionado ya el principio. Zarth Arn, mi más fiel alumno científico, deseaba probar el aparato y me ayudó a construirlo y someterlo a prueba. Fue un éxito que sobrepasó nuestros sueños más inesperados. ¿Ves estos carretes de ideas? En ellos está contenida toda la vasta masa de informaciones traídas por Zarth Arn de las edades pretéritas que hasta ahora ha explorado. Hemos trabajado secretamente porque Arn Abbas prohibiría a su hijo correr este riesgo si lo supiese.

—¿Arn Abbas? —respondió Gordon, intrigado—. ¿Y quién es Arn Abbas, Vel Quen?

—Arn Abbas es el soberano del Imperio de la Galaxia Media que gobierna desde la capital del mundo en el sol

de Canopus. Tiene dos hijos. El mayor es su heredero, Jhal Arn. El segundo es Zarth Arn.

—¿Quieres decir que Zarth Arn, el hombre cuyo cuerpo habito yo ahora, es hijo del más grande gobernante de la Galaxia? —preguntó Gordon, asombrado.

—Sí, pero a Zarth no le interesa ni el poder ni el Gobierno —asintió Vel Quen—. Es un científico y un erudito, y por esto deja la corte de Throon para proseguir sus exploraciones del pasado desde esta torre solitaria de Tierra.

Gordon recordó entonces que Zarth Arn le había dicho el alto lugar que ocupaba en el Imperio, pero no podía suponer que su posición fuese tan elevada.

—Vel Quen, ¿qué es exactamente la Galaxia Media? ¿Ocupa toda la Vía Láctea?

—No, John Gordon. Existen varios reinos estelares en la Galaxia, rivales guerreros a veces. Pero el reino de la Galaxia Media es el mayor de todos.

—¡Siempre creí que el futuro sería el imperio de las democracias y que la guerra sería abolida para siempre! —respondió Gordon, ligeramente decepcionado.

—Los reinos estelares son verdaderas democracias, porque el pueblo gobierna —le explicó Vel Quen—. Nos limitamos a conceder títulos y rangos a nuestros gobernantes; es la mejor manera de conservar unidos los sistemas estelares, separados por tan vastas distancias y sus razas humanas y aborígenes.

—Comprendo —dijo Gordon—. Como la democracia inglesa de mis tiempos, que conservaban las formas de la realeza y el rango para conservar unido su reino.

—Y la guerra fue desterrada de Tierra hace ya mucho tiempo —prosiguió Vel Quen—. Lo sabemos por la historia de las tradiciones. La paz y la prosperidad que reinaron a continuación fueron las fuerzas que dieron el primer gran impulso a los viajes al espacio. Pero han habido guerras entre los reinos estelares debido a las inmensas distancias que los separan. Actualmente estamos tratando de unirlos y